
NOTA EDITORIAL

REFLEXIONES A PROPOSITO DE LA MORTALIDAD INFANTIL

Por el Profesor Jorge Bejarano.

Es un hecho innegable que de diez años a esta parte las instituciones encargadas de proteger y de velar por la salud del niño, han sufrido en Colombia un marcado progreso y una extensa difusión. Casi no hay capital de Departamento o Provincia que no tenga un consultorio, una sala de maternidad, una gota de leche o una sala-cuna.

Pero a pesar de este armamento, la mortalidad infantil queda elevada, superior al índice de otros países indo-hispanos y en esa mortalidad tiene que haber otros factores distintos de los que aparecen en los diarios políticos y que es preciso analizar dentro de nuestras revistas científicas.

La ignorancia, es a no dudarlo, una de las grandes causas de la mortalidad todavía tan elevada de los niños de primera edad. Cuando se examina lo que se ha intentado para remediarla, se comprueba un hecho sorprendente: se ha organizado la enseñanza o la vulgarización para las personas extrañas a la medicina; pero nuestra Facultad de Medicina no ha completado en debida forma la instrucción de los médicos en rama tan importante de la Pediatría. Nadie puede dudar que al frente de la enseñanza de la Clínica Infantil hay un equipo de profesores llenos de experiencia, de ciencia y de métodos de pedagogía que nada tienen que envidiar a los de otras escuelas. Pero el estudiante de medicina que no aspira a ser un especialista y que sin embargo al ejercer en provincia no tiene la suficiente honradez científica para confesar que no es de su dominio el caso que se le presenta, se hace un buen día médico general y como tal, va ante todo a disfrutar de una numerosa clientela que está casi compuesta en su mayor parte de los casos, por no decir todos, por mamás que llaman o que acuden con un niño enfermo. Pues ese médico que lleva una deficiente preparación científica porque no le dió mayor importancia a esos conocimientos, debería ser el guía indispensable para combatir la ignorancia materna, para dar el consejo afortunado que en más de una ocasión suele evitar los estragos de una terapéutica inoportuna y costosa.

En la cruzada que nuestro país debe emprender contra la alarmante mortalidad en los niños de primera edad, es indudable que el médico es el misionero indispensable. Las personas extrañas a la medicina pueden ejercer una acción benéfica. Cuando son un poco abnegadas e ilustradas, pueden ser auxiliares de un inestimable valor. Pero la experiencia nos dice y nos enseña que nada ni nadie puede suplir la acción personal de un médico instruido y avisado en el particular. Para divulgar los conocimientos necesarios; para enmendar errores o destruir prejuicios nada vale como los consejos que él pueda dar así en la clientela privada como en el dispensario o en el consultorio de recién nacidos. La experiencia nos demuestra además que las obras de protección de la primera infancia que no tienen una dirección médica apropiada, lejos de ser benéficas, contribuyen al aumento de la mortalidad infantil y que para que sean realmente eficaces, para que llenen su papel primordial, que es el de combatir la mortalidad infantil, deben ser dirigidas por un médico que conozca la higiene y la patología de los recién nacidos.

Es, pues, evidente que en esta lucha, que tiene una trascendencia nacional, incumbe al médico un gran papel. Pero esta tarea que le pertenece sólo a él, puede llegar a desempeñarla por los estudios universitarios que ha hecho? No, en manera alguna. La mayor parte de nuestros jóvenes médicos tienen mucho qué aprender a este respecto y muchos hay que se quejan de lo breve de ese estudio durante su paso por la Facultad y otros que se lamentan de que se les hubiera entretenido en otros estudios o disciplinas que les han sido mediocremente útiles.

Las Facultades de Medicina de París y las de otros centros docentes de la América del Sur, persuadidas de que la enseñanza de la Higiene y de las enfermedades de la primera infancia es la base de la campaña contra la mortalidad de niños de la primera edad, han creado una cátedra consagrada a la enseñanza de estas materias. A esta cátedra han estado anexas las escuelas de Puericultura en donde se instruye en forma conveniente a las futuras directoras o enfermeras de salas-cunas, gotas de leche, consultorios, dispensarios, salas de maternidad, hospitales, etc. Además, esa cátedra así especializada da a los futuros médicos la orientación social que es necesaria para apreciar y resolver el problema de la mortalidad infantil en la primera edad. Porque es necesario no olvidar que en este complejo problema hay no solamente aspecto científico, sino también uno social que el médico debe conocer en toda su realidad y en toda su intensidad.

No debemos, pues, con criterio simplista, seguir pensando que la higiene y la medicina de la primera infancia, la adquirirán nuestros futuros médicos del contacto con la clientela, de su ejercicio profesio-

nal. Han sido el gran Profesor Marfan, en Francia, y el Profesor Morquio, en el Uruguay, quienes han afirmado que esa conciencia clínica e higiénica, constituyen una verdadera especialidad si es que queremos formar una “élite” preparada que vaya a luchar eficazmente contra la mortalidad infantil.

Toca a nuestra Escuela de Medicina decidir si es o no conveniente para acrecentar nuestro caudal científico y para los futuros destinos de la raza y del país crear una cátedra de higiene y enfermedades de la primera infancia.

